

## **SESIONES PÚBLICAS DE BALANCE Y PERSPECTIVAS**

### **LÍDERES DE IZQUIERDA**

**10 DE  
JUNIO  
DE  
2003  
P.M.**

#### **Señor Alberto Moreno**

Señor Presidente de la CVR, señores Comisionados, señoras y señores. Me siento honrado de dirigirme a ustedes para exponer las reflexiones del PCP-PR en torno de los sucesos penosos vividos durante las pasadas décadas de violencia, acaso aún no superados. Como partido político fuimos también víctimas de esos hechos, y muchos militantes nuestros como Ledger Muñoz, Diputado Regional; Juan Corilloclla, dirigente magisterial; Marcelino Pachari, Alcalde de Azángaro; Norman Bedoya, profesor universitario de Puno; entre otros, fueron asesinados cobardemente por el terrorismo y también por la acción violenta de las Fuerzas Armadas y Policiales.

Es pertinente recoger un antiguo proverbio africano: «si no sabes a dónde vas, regresa para saber de dónde vienes». Parte sustantiva de la cultura nacional, que está en la base de sus muchas frustraciones, desencuentros y fracasos, es la tendencia a mirar el presente como si careciera de raíces que lo nutrieron o a perder de vista el futuro sin el cual no hay rumbo seguro ni confianza en las posibilidades disponibles. La violencia, señor Presidente, es, en nuestro caso, estructural y adquiere muchos tonos a largo de la historia; el más trágico, pero no el único, fue la guerra interna que alcanzó niveles terriblemente irracionales en las décadas de los ochenta y noventa, pero no debemos cometer el error de olvidar los aciagos sucesos de los años treinta y otros posteriores.

La izquierda, en este caso particular el partido que represento, no estuvo ajena en esos tiempos a la idea del papel de la violencia como un factor del cambio social, idea que correspondió a una corriente de pensamiento mundial y lati-noamericano en ese momento. Pero entre los conceptos, los criterios y los debates que se produjeron, y la acción práctica, hay un abismo de diferencia.

El Perú nació escindido a la República, excluyendo a la inmensa mayoría indígena, campesina y negra, a quienes se les negó su condición de seres humanos y sus derechos fundamentales en beneficio de las pocas familias que heredaron los privilegios de la Colonia. Esta exclusión fue posible por el poder concentrado de la economía, del poder militar y la cultura y por el predominio de una ideología racista y autoritaria en colusión con fuerzas extranjeras. El sueño de libertad, igualdad, justicia, democracia, independencia y de integración se esfumó y las secuelas de esto continúan hasta el presente. A ciento ochenta y dos años de fundada la República, los grandes temas que debieron resolver sus elites dirigentes continúan irresueltos. Seguimos siendo una sociedad fragmentada, desintegrada entre sus regiones, con abismales diferencias que excluyen a muchos y benefician a pocos, con desarrollos desiguales, con un enorme atraso cultural de acuerdo con los estándares mundiales, con poblaciones étnicas que recién empiezan a ser reconocidas. Todo esto en el contexto de una fase histórica de cambios titánicos como la globalización de las comunicaciones y de la economía en el que permanecemos con desconexiones regionales y con polarizaciones inaceptables. En un mundo donde la educación y la cultura; y la ciencia y la tecnología deberían ser ejes fundamentales del desarrollo nos encontramos dentro de los países más atrasados de la región. Las fuerzas de

cohesión de toda sociedad son los grandes valores morales que la nutren, le dan sentido, fuerza, pasión, mito; en suma, voluntad de realización. Por desgracia no la tenemos. Marchamos como un barco a la deriva sin un puerto de llegada seguro. Domina el «presentismo», la aspiración coyuntural, el ventajismo fácil desde el Estado o fuera de él; en lugar de una cultura del trabajo, de la honestidad, de la solidaridad. Ni siquiera hemos logrado afirmar, en la diversidad de que nos componemos, nuestra identidad plena como país. Seguimos careciendo de mito, de proyecto nacional, de sentido de realización que nos lleve por una ruta firme y consensuada.

¿Sabe alguien con certeza adónde vamos? ¿Imaginamos el Perú del 2050? Es verdad que acumulamos enormes urgencias y necesitamos respuestas prontas, hay que asumirlas; pero debemos convencernos también de que nadie está en capacidad de resolverlas en cinco años. Lo que al Perú le falta es voluntad política, previsión y confianza en la fuerza del pueblo para hacer realidad los sueños que tiene desde hace tantos siglos. Javier Mariátegui señaló con lucidez: «El Perú ha tenido clase dominante pero no clase dirigente». Requerimos una fuerza dirigente nuclear capaz de aprovechar las potencialidades disponibles, de señalar un rumbo que comprometa a todos y no sólo beneficie a pocos como ha ocurrido hasta el presente. El siglo en el que hemos ingresado representa un reto gigantesco pero también una oportunidad excepcional que, desafortunadamente, se está perdiendo, situación que estamos aún a tiempo de revertir. El arte de la política consiste precisamente en saber anticiparse y aprovechar las oportunidades. En este escenario debemos entender el fenómeno de SL y también la respuesta del Estado y de los militares a lo largo del conflicto vivido en las décadas pasadas. No como hechos aislados producto de la voluntad mesiánica de Abimael Guzmán o como respuesta espontánea de las Fuerzas Armadas; sino como la culminación, en su forma más trágica y brutal, de lo que venía madurando a lo largo de los siglos. No pretendemos excluir sus responsabilidades, que son enormes y sancionables, pretendemos solamente señalar el escenario que pudo parir un fenómeno semejante.

Desde los orígenes de la Independencia, las Fuerzas Armadas asumieron el rol de poder armado, más de la mitad de la vida republicana vivimos bajo regímenes militares y dictaduras sin más ley que su voluntad y más horizonte que sus ambiciones personales. La democracia fue casi siempre [informal] y sigue siendo todavía precaria. Los sectores populares, trabajadores, intelectuales, campesinos, étnicos, femeninos, jóvenes, de madres de familia, culturales, en general no encontraron ni encuentran vehículos de solución apropiados que no sean muchas veces a través de la fuerza, y no pocas veces fueron aplacados a sangre y fuego. El Perú requiere recursos de fondo en lugar de paliativos que sólo logran prolongar el drama. Las tensiones sociales se acumulan en medio de una crisis estructural y endémica de las políticas y de la cultura. Los períodos de decadencia no son precisamente de estabilidad y de orden sino de tensiones y convulsiones.

SL expresó la confluencia de condiciones objetivas reales, sobretudo en las regiones más pobres y atrasadas; con la voluntad subjetiva, mesiánica y aventurera que creyó que la ley estaba seca. Falló en sus cálculos y al final terminó devorado por la lógica de violencia que había iniciado. El terrorismo fue la expresión extrema para justificar lo que ya tenía perdido en el ámbito de la política y la moral, es decir, el respaldo de la población. Quisiera aprovechar esta oportunidad para desmentir el supuesto maoísmo de SL. El pensamiento de Mao y su experiencia práctica en la Revolución China disienten radicalmente con el pensamiento y la acción de SL; no hay punto de conexión ni como concepción, ni como estrategia, ni como método, ni como relación con el pueblo. Por lo demás, toda experiencia histórica es irrepetible excepto como farsa.

Las Fuerzas Armadas tampoco escaparon a su sino histórico. Expresaron, más allá del manejo de sus mandos y de la estrategia que siguieron, ese mismo sino de resolver la crisis y las tensiones sociales con el concurso de la violencia sin límite, del miedo, del terror; y, para ello, la violación a los derechos fundamentales de los ciudadanos fue funcional a la defensa de su

estrategia.

Existen responsabilidades, entre ellas, del Estado por este hecho acumulativo a lo largo de la República; pero, igualmente, de las elites que manejaron el destino del Perú en función de privilegios subalternos, y no de un país que tuvo y tiene enormes condiciones para ser distinto y mejor. También en la fragilidad y, las más de las veces, en la intermitencia de la democracia peruana; casi siempre avasallada por el militarismo, el autoritarismo, el sentido aristo-crático y burocrático del gobierno, por la corrupción y la prebenda; en la ausencia de instituciones fuertes que ordenen la sociedad en lugar de su precariedad sujeta, casi siempre, a los dictados del poder real; en la débil práctica democrática y el atraso cultural de la población que impide afirmar ciudadanos libres, conscientes, capaces de hacer respetar los derechos que le conciernen y de hacer valer su dignidad y autoestima; en el abismo social y la polarización política y económica donde la justicia social está ausente, una sociedad justa, equilibrada, libre de pobreza y fundada en el trabajo no dará cabida a la violencia política y social; en la cultura del miedo, de la aceptación ciega, del temor a la prepotencia del más poderoso, en la corrupción institucionalizada que quiebra dignidades y doblega voluntades.

También, asume su cuota el centralismo que debió empezar a resolverse desde los orígenes de la Independencia para permitir al país un desarrollo armónico y que, sin embargo, se acentuó hasta convertirse en un verdadero cáncer que asfixió la integración nacional, el desarrollo de los pueblos y la creación de un verdadero mercado nacional.

Sacando lecciones de este hecho luctuoso, sangrante: ¿Podría afirmarse que el Perú ha comenzado a cambiar? Todo parece indicar que el olvido una vez más cubre de cenizas el campo. ¿Continuarán las causas acumuladas a lo largo de la historia y se convertirán en el pretexto de situaciones parecidas que no deseamos? Lo dirá el tiempo. ¿Sabremos aprovechar las oportunidades que se nos presentan para iniciar otro camino que termine con las lacras del pasado y señale nuevos derroteros con verdadero sentido de nación, de justicia social, estabilidad duradera, integración y desarrollo de cara al siglo XXI? ¿Persistirá la intolerancia de la cual, hoy mismo, el PCP-PR es víctima y hace que se cierna sobre él la amenaza persecutoria represiva sin una prueba que lo demuestre? Es penoso constatar que el Perú se desangra en debates de menor monta mientras los grandes problemas, los que deciden su destino, poco importan. Deseamos que la tragedia vivida no vuelva a repetirse, pero para que ello ocurra hay que cerrar las válvulas que la hicieron posible y canalizar sabiamente las grandes energías que laten en millones de peruanos que quieren trabajo y aspiran a entregar sus conocimientos y capacidades, en lugar de a migrar al extranjero.

Por eso, nuestra persistente propuesta de refundar la República, de construir un proyecto nacional que le proporcione dirección duradera, de dotarla de una base constitucional sólida, moderna y proyectiva. En esta tarea cabe la inmensa mayoría de peruanos. Los hombres y mujeres de la izquierda que continuamos en la terca puesta de Mariátegui por el socialismo no nos eximimos de responsabilidades. Fruto de tales errores fue el derrumbe de la IU. La incompetencia para continuar el camino trazado por el Amauta nos llevó al estrechamiento opositor y reivindicativo, en lugar de construir una gran fuerza política, intelectual y moral capaz darle al Perú un proyecto, una fuerza organizada, una solvencia moral que galvanizaran la pasión y la confianza de millones de hombres y mujeres que hace mucho buscan el cambio. También nos llevó a esto, porqué no decirlo, la falta de madurez para ser flexibles en la táctica sin perder por ello el rumbo que nos trazamos.

Nada de estos errores puede ocultar el hecho cierto de que nos hemos mantenido en la lucha y persistido en la defensa de nuestros ideales; así como asumido con firmeza la defensa, en los momentos más difíciles, de la democracia, de la dignidad nacional, de los derechos humanos,

de los intereses de los excluidos, de los trabajadores, de los jóvenes, de la mujer, de las poblaciones étnicas, de los marginados de la patria. Constrúyase una sociedad justa, una democracia sólida y participativa, un pueblo libre y soberano, una patria independiente que decida por sí su destino, un país con prosperidad creciente, una humanidad culta, fraterna y solidaria que se enraíce en esta tierra y en esta historia, que se abra al mundo desde su identidad, sin complejos de inferioridad; entonces la violencia será un asunto del pasado, un recuerdo doloroso, pero un recuerdo. Gracias.